

EL DÍA DEL LOBO

Antonio Soler




ESPASA

ANTONIO SOLER
EL DÍA DEL LOBO



© Antonio Soler, 2024
Por acuerdo con RDC Agencia Literaria
© Editorial Planeta, S.A., 2024
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: octubre de 2024

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 14.205-2024

ISBN: 978-84-670-7447-5

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impresión: Rodesa, S. A.

Impreso en España-*Printed in Spain*



Había una vez una ciudad quemada y un invierno frío. Saliendo de esa ciudad había una carretera serpenteante con largas cañas de azúcar a los lados. Y las cañas formaban un pasillo por el que andaban niños extraviados, personas asustadas y heridos. No se sabe cuántos eran los lastimados ni los niños perdidos. Los números fueron una batalla más dentro de la guerra. Así sucede siempre en ese asunto de carteristas de la Historia y usurpadores profesionales de la verdad. También de almas bienaventuradas, niños cándidos que continúan creyendo en hadas después de cumplir cuarenta años.

La estampa más popular de ese cuento que todos recordarían tiempo después, la hubieran visto o no, fue la de una mujer muerta y un bebé mamando de su pecho. Leche y sangre, con esos ingredientes se hizo aquella historia. También con miedo, noches oscuras con casas en llamas y hombres que volaban desde lo más alto de los edificios. Miseria ambulante y terror escarbando en el corazón. Un miedo que al paso de los días fue derivando en costumbre o en

locura, dependiendo del receptor. Durante un tiempo, aquel camino de cañas y miedo fue conocido como la Carretera de la Muerte. Mi familia estuvo allí. Anduvieron por ese sendero a lo largo de varios días bajo las bombas de barcos de guerra y el ametrallamiento de aviones italianos y alemanes.

Mi madre a sus dieciocho años. Embarazada. Una muchacha que poco antes había llegado del paraíso a una ciudad que pronto iba a convertirse en una sucursal del infierno. Mis abuelos maternos. Él, un socialista que había bebido de unos cuantos libros la fe en un Tiempo Nuevo y que confundía la política con la mística. Muy en consonancia con esa época de dulces soñadores y amargos justicieros. Ella, mi abuela, una vitalista dispuesta a atravesar aquel camino para salvar a sus cinco hijos. Dolida por la pasión idealista del marido. Sus hijos —mis tíos—, tres chicas de unos quince, nueve y cuatro años, y un chico de trece, despierto, aventurero. Mezclados con miles de desconocidos que huían como ellos.

Málaga había caído. Venía Franco, venían los moros. El Tercio, los Regulares. Los violadores, los torturadores, los asesinos. Lo había anunciado Queipo de Llano desde su radio sevillana y lo habían confirmado los refugiados que habían llegado a la ciudad en vísperas de aquel éxodo. Habían visto la barbarie en sus pueblos. Asesinatos, violaciones, incendios. Risas y danzas sobre los muertos y los agonizantes.

Despavoridos y hambrientos, silenciosos, agotados. Pretendieron huir del terror, pero la huida se convirtió en la esencia misma del terror. A aquellos miles de desarraigados no les bastó haber dejado atrás casa, trabajo y subsistencia. No fue suficiente el temor ante un futuro incierto. Desde la costa, paralelos a la carretera, recibían el bombardeo de tres buques de guerra. Almirante Cervera, Baleares y Canarias. El cielo, gris y sucio, desmintiendo la bonanza de esas latitudes, se abría a cada tanto para dar paso al estruendo de los aviones. En vuelo rasante ametrallaban a la muchedumbre. Tarea de limpieza. El citado Queipo de Llano arengaba a los encargados del saneamiento. Marineros fieles a la causa y socios de la Legión Cóndor y de la escuadrilla aportada a la causa por Mussolini. La turba aquella merecía todo el fuego que pudiera derramarse sobre ella. Rojos, maricones, ramera, casta podrida de las ciénagas de España. Mala gente.

Ese fue el cuento de mi infancia. El más impresionante. El cuento que siempre le pedía a mi abuela materna que me contara. Su viaje al infierno. Allí siempre estaba el lobo acechando. Mostrando los colmillos afilados, su sed de sangre. El lobo que vino todos los días. No había encantamientos, brujas ni monstruos de tres cabezas que pudieran compararse con aquella historia.

Años más tarde, cuando dejé atrás la infancia y la adolescencia, volví a preguntar a mi abuela. Le pre-

gunté a ella y le pregunté a mi madre por lo que sucedió, por lo que vieron en aquella carretera. Mil historias. Pero por encima de esas desventuras, como núcleo fundamental, me quedó una certeza.

No sé con exactitud cuánto tiempo estuvieron caminando por mitad de aquel espanto. Quizá no más de nueve o diez días. Pero sí sé que esa carretera permaneció dentro de algunos de ellos hasta el final de sus vidas. Y que ya nunca dejaron de caminar entre cadáveres, milicianos en retirada, niños extraviados, aullidos y sombras. No importó que luego vivieran momentos más o menos felices, llevaderos, amables. La carretera estaba allí. Ellos dejaron de caminar por la carretera pero ella no los abandonó. Como si aquel camino fuese un laberinto sin salida, una pesadilla tan viva, tan real, que ante ella la realidad no era más que un decorado vaporoso. Una ficción que se sustentaba sobre un pozo que una y otra vez enviaba su mensaje. El recordatorio de que seguía allí, palpitando, supurando.

Por lo que pude comprobar, cada uno vivió aquello de modo diferente. Y lo asimiló de modo aún más diferente. Como supongo que ocurrió con cada una de las miles de personas que emprendieron aquel éxodo. Dentro de mi familia quizá fuese mi madre quien tuvo una conciencia más precisa y más imborrable de esa sensación de irrealidad o de realidad tan absoluta que todo lo que vino después tenía tintes irreales. La cicatriz permaneció en ella más

viva que en los demás. Al margen de una especial sensibilidad ante el drama, hubo causas razonables para que así fuera.

Durante mi infancia y adolescencia consideré aquellos días remotos como una aventura siniestra y al mismo tiempo como la condensación máxima de la vida. La máxima intensidad. El filo de una hoja de afeitar. Mala consejera la imaginación en algunos casos. Ahora creo que todo era infinitamente más simple y más directo. Sobrevivir. Caminar. Respirando miedo. Miedo a lo que puede ocurrir y miedo a lo que ya está ocurriendo. A lo que se tiene delante de los ojos. La silueta gris de unos buques de guerra, el ruido desquiciante de los aviones pasando sobre tu cabeza.

¿La historia de un pasado lejano? No tanto. Solo hay que echar una mirada a los andenes abarrotados de Kiev. A las cadenas de refugiados que partieron de Siria, los miles de migrantes que recorren el esqueleto de Latinoamérica para llegar a la frontera estadounidense. A toda esa gente que intenta huir de la guerra y la miseria de África, del corazón mismo del terror para salvar la vida. O perderla en el camino. No. Nosotros, que nos creemos invulnerables, no estamos tan lejos de aquella carretera, de todos esos caminos y andenes llenos de refugiados. Ayer mismo éramos unos de ellos.

1936. Las elecciones habían sido en febrero. Había ganado, como todos sabemos, el Frente Popular. La derecha no recibió el veredicto con demasiado entusiasmo. La República se tambaleaba. Después de una instauración tan pacífica como ilusionante, había entrado en una fase de turbulencia permanente. Manuel Azaña, puede que la máxima garantía en el intento de conducir el régimen hacia el puerto de las democracias occidentales —Francia, Inglaterra—, había sido desactivado políticamente en mayo al ser elevado al limbo de la presidencia de la República. Largo Caballero, en un apabullante ejercicio de miopía política, había cortado la posibilidad de que su correligionario Indalecio Prieto presidiese el Gobierno, dejando a los socialistas como espectadores del nuevo ciclo.

El hervidero subía de temperatura. Ni los señoritos acostumbrados al privilegio secular ni los revolucionarios llamados a la justicia universal e inmediata estaban dispuestos a rebajar el pulso. El 12 de julio asesinaron al teniente Castillo. José del Castillo

Sáenz de Tejada. Masón, socialista, miembro de la Guardia de Asalto. En la celebración del quinto aniversario de la República, Castillo se había visto involucrado en un tiroteo que era consecuencia de otra refriega generada a causa de otra refriega. Dramáticas cerezas encadenadas.

La sucesión sigue su curso. Y, dicho está, la noche del 12 de julio del 36 le llega el turno a Castillo. Cuatro pistoleros, falangistas según la opinión más que fiable de Paul Preston, disparan contra el guardia en el cruce de las calles Fuencarral y Augusto Figueroa.

La conocida respuesta: unas horas después del asesinato, en plena madrugada, un pequeño grupo de guardias de asalto comandados por un capitán de la Guardia Civil se presenta en el domicilio del diputado ultraconservador y exministro José Calvo Sotelo. Le comunican que van a conducirlo a la Dirección General de Seguridad. Receloso y asegurando a su familia al despedirse que volverá pronto «si estos señores no me dan cuatro tiros», Calvo Sotelo acepta acompañar a la sospechosa cuadrilla.

La noche es calurosa. El político sube a la camioneta que hay estacionada frente a la puerta de su casa. Calle Velázquez, número 89. Cuando el vehículo ha recorrido apenas doscientos metros, Luis Cuenca Estevas, militante socialista, dispara dos veces en la nuca de Calvo Sotelo. Conducen en silencio por un Madrid que por última vez en años duerme en paz. Llevan el cadáver al cementerio de la Almudena.

Amanece el 13 de julio. Circula la noticia del doble asesinato, circulan rumores, soflamas. Arengas cuarteleras. En las redacciones de los periódicos se toman posiciones. Se prepara la batalla dialéctica. La indignación corre detrás de la sangre. O delante, depende de cómo se mire. Porque sangre va a haber mucha. Raudales. La derecha pide justicia. Acción inmediata. Casares Quiroga no actúa. Hay quien asegura que el optimismo de los tuberculosos hace contemporizar al jefe de Gobierno, creer que ese temporal, como ha ocurrido con tantos otros, pasará. Mayor indignación de los radicales de derecha.

Los militares que en torno al general Mola vienen preparando desde meses atrás un golpe de Estado tienen en el asesinato de Calvo Sotelo una excusa perfecta para llevar adelante su plan. Los ingredientes del envenenado cóctel están preparados. Empieza la agitación.

La alta política. O la baja, quién sabe. Azaña, Mola, Indalecio Prieto, Casares Quiroga. Franco. Todos viven esos días en medio de la convulsión, la tratan de moldear o al menos de controlar. Las redacciones hirvientes de los periódicos, los teléfonos recalentados de los ministerios y de los partidos políticos, el zumbido sordo de los cuarteles y los vituperios de las capitanías generales. Toda una gran orquesta. Sí. Pero ¿y lejos de todo eso? ¿Cómo viven esos aconte-

cimientos no los que hacen la Historia sino los que únicamente la van a padecer?

¿Cómo se vive aquella agitación en un pueblo perdido de la sierra malagueña o en la capital de la provincia? ¿De qué modo llegan hasta allí las ondas concéntricas que parten de Madrid y se expanden por todo el país después de que una piedra, o mejor un disparo, se haya hundido en el agua?

¿Cómo vivió mi abuelo materno, Manuel Marcos Fernández, militante socialista, aquellos días? ¿Y mi padre, apenas unos meses después enrolado en el Cuerpo de Carabineros? ¿Su hermano Ramón, metalúrgico, miembro de la UGT y con carnet del PSOE? ¿Mi madre, de nombre Libertad, preparando en Málaga su cercana boda?

No tengo ningún dato más allá de algunos comentarios vagos sobre esos días del mes de julio. Preocupación, rumores traídos de la Casa del Pueblo, del taller, de la calle. Nada destacable por encima de un desasosiego más o menos lógico que se hacía más patente en mi abuela materna, Josefa Díaz Frías, recelosa de la querencia de su marido por la política y por sus deseos de arreglar el mundo. Crítica recibida por el afectado con una flema que a veces podría tomarse por indiferencia y que él achacaba a algo mucho menos gravoso. La esperanza, el optimismo. La confianza en el ser humano.

Llevaban meses oyendo noticias de asesinatos, bulos y pronósticos agoreros sobre el futuro. Un in-

cesante toletole. Alarmas que finalmente se diluían en el remolino de un nuevo sobresalto. Pero la vida continuaba. El pan estaba sobre la mesa y la familia vivía apaciblemente.

Mi abuelo, además de confiado, era tuerto y pantagruélico. Tuerto: en su juventud había perdido un ojo en una reyerta. No porque él, devoto pacifista, hubiera provocado la refriega ni estuviese implicado directamente en ella. Había querido mediar entre dos contendientes con ciertas diferencias políticas. Uno de ellos defendía sus argumentos con un punzón en la mano y el punzón acabó hincado en el ojo —debido a mi dislexia me cuesta recordar si era el derecho o el izquierdo— de mi abuelo.

Pantagruélico: no recuerdo haber visto nunca a nadie que comiera con la décima parte de su velocidad ni de su voracidad. Realmente era una aspiradora humana. Captaba y tragaba casi en el mismo instante en el que era detectado cualquier alimento que hubiera en la mesa, y lo hacía con una concentración y precisión pasmosas. Podría haber exhibido su portentosa habilidad en cualquiera de los espectáculos más o menos miserables que circulaban por barracones y ferias de la época. Sin embargo, se ganaba la vida de otro modo. Era lo que en aquel tiempo se conocía como «practicante». Un difuso ATS que, en ausencia de médico en el pueblo, era el encargado de los cuidados sanitarios de Genalguacil.

Torceduras, inyecciones, fiebres de poca monta o heridas con necesidad de costura.

Se trataba de un minúsculo pueblo situado en el corazón de la Sierra Bermeja malagueña. Vegetación frondosa. Bosques de castaños y alcornoques. Paisaje sereno y de enorme belleza en medio del cual Manuel Marcos ejercía, además de su profesión, una ferviente labor apostólica como acreditará muchos años después el primer alcalde democrático del pueblo en una carta enviada a mi madre: «Tu querido padre fue [...] mi primer profesor», «Era el hombre del Futuro».

Bien pensante, pausado —quizá ayudado en esa lentitud por sus largas digestiones—. Reflexivo. Con una pequeña biblioteca volcada más hacia la ciencia que hacia la literatura por más que su apetito lector fuese comparable al gastronómico. Trataba de frenar la transmisión de virus entre el vecindario al tiempo que pretendía contagiar el respeto por la cultura y las ideas humanitarias. Por la justicia del socialismo. Era un producto colateral de la Institución Libre de Enseñanza. Un krausista por naturaleza que quizá no hubiera oído hablar de Karl Christian Friedrich Krause.

Ante la mirada un tanto escéptica y eminentemente vitalista de su mujer —que además de hombre del Futuro le habría gustado que también fuese hombre del Presente—, se esforzaba por infundir en sus hijos un evangelio cientifista, trufado de frater-

nidad universal y profecías que auguraban la llegada del hombre a la Luna o la inminente implantación del esperanto como lengua única de la humanidad. Aunque quizá su pronóstico más obsesivo se centraba en China. El gigante dormido que haría temblar al planeta cuando despertase, según repetía una y otra vez.

Su evangelio, según quedó constancia décadas después con la recuperación de la democracia, tuvo apasionados discípulos en la comarca del Genal y fue ejemplo para algunos jóvenes que se aventuraban por la senda del humanismo y la política. Así quedaría reconocido en la carta citada anteriormente y donde se describía a Manuel Marcos como «el honrado Socialista portador de virtudes imperecederas, amante de la justicia y buscador de esa gran Sociedad que hiciera posible la convivencia entre los pueblos y asegurara la paz y la dignidad social». Dentro de la familia, mi madre, la mayor de sus cinco hijos y probablemente la preferida por él, fue su discípula más aventajada.

A sus dieciséis años, mi madre había publicado en una gacetilla local algún encendido artículo en defensa del socialismo. En aquel pueblo, al que fue a vivir con pocos años, había pasado una infancia y una adolescencia que quedaron instauradas en su memoria como el paraíso perdido que jamás recuperaría. En los primeros meses de 1936 se había instalado en Málaga. En casa de una hermana de su

madre. Un par de años atrás había conocido a Antonio Soler Vera, un alicantino malagueñizado, once años mayor que ella. Despierto, buscavidas, simpático y con carácter. Amigo del teatro, del surrealismo callejero y el trato con la gente.

Ese verano preparaban su boda. Habían alquilado una casa en lo que entonces podría considerarse el extrarradio de la ciudad. Una calle empinada rodeada de árboles y cercana al mar. Apenas a veinte minutos caminando de la Alameda Principal, antiguo cogollito de la burguesía local, y de la todavía novedosa calle Larios. Ilusionados. La joven soñadora y el avisgado seductor. El mundo por delante, la vida desplegando sus velas. Julio de 1936.

Había amanecido un día esplendoroso. Gamel Woosley, menos acostumbrada a esas latitudes que los lugareños, describe aquel 18 de julio como «el día más bello del verano» en *Málaga en llamas*. «El Mediterráneo se mostraba más hermoso y clásico que nunca. Estaba azul e inmóvil como un lago, y a lo largo de la costa, con su encaje de espuma, pequeños barcos pesqueros volvían al puerto, diminutas velas blancas como mariposas surcando esa inmóvil e inmutable belleza clásica. (Ulises regresando, los argonautas navegando de vuelta a casa con el vello-cino de oro)».

Muy pronto, en apenas unas horas, Woosley comprobaría que Ulises no volvía de ninguna guerra, sino que se dirigía a ella. Que otros argonautas, muy lejos de parecerse a los héroes que acompañaron a Jasón en su aventura, iban a surcar esas aguas llevando la podredumbre en sus venas. En este caso el vellocino de oro entrevisto por la escritora norteamericana no fue más que un espejismo, el anuncio de la profunda y larga miseria que iba a asolar ese lugar.

Málaga, debido a su reciente pasado industrial y al flujo de obreros de provincias cercanas que había supuesto, contaba con un fuerte movimiento sindical. Los partidos de izquierdas tenían bases sólidas. La ciudad era conocida como Málaga la Roja. La convulsión que había recorrido la médula de la República en los últimos tiempos había dejado una estela violenta en la ciudad. Asesinato del falangista Antonio Díaz Molina, del concejal comunista Andrés Rodríguez. Del presidente de la Diputación, Antonio Román, socialista.

Con estos antecedentes no resultó extraña la indecisión del general Francisco Patxot el 18 de julio. Lejos de actuar con la determinación de su compañero Queipo de Llano en Sevilla, el africanista Patxot se quedó en una tierra de nadie. Sí, declaró el estado de guerra y sublevó a la brigada de infantería que tenía bajo su mando. Y la Guardia Civil de la ciudad lo acompañó en su movimiento subversivo. Pero enfrente se encontró a la siempre leal Guardia de Asalto y a unas milicias obreras inmediatamente movilizadas.

Las tropas de Patxot no consiguieron tomar la sede del Gobierno Civil, defendida por guardias de asalto y milicianos. A partir de ese momento el general se convirtió en un tahúr de medio pelo, jugando unas cartas cuyos palos eran el vértigo, el arrepentimiento y el miedo. Al paso de unas cuantas horas sus soldados fueron poco más que un grupo

de fantasmas vagando por la ciudad entre la hostilidad ciudadana y un intenso fuego cruzado. Actores de una mala función abucheados por un gallinero enfurecido. Solo que, en vez de fruta podrida, desde los balcones y las esquinas les arrojaban plomo, bombas caseras y tiestos de geranios.

A las cuatro de la madrugada Patxot observa desde su despacho del cuartel de Capuchinos las copas de las palmeras recortadas en negro contra un cielo dudoso. Después de infructuosas llamadas de teléfono e innumerables paseos de animal enjaulado, da orden de que sus soldados se retiren a sus acuartelamientos. Deja la calle y la ciudad en manos de las autoridades republicanas. Y de las milicias descontroladas. Patxot se convierte en la principal evidencia de que la insurrección militar ha fracasado. En Málaga.

Lo que sigue es bien conocido en el ámbito nacional. El golpe triunfando en una parte del país y fracasando en otra. Levantamiento en armas. Ejército movilizado, milicias, Franco y su Dragon Rapide volando hacia la península, las fuerzas marroquíes cruzando el Estrecho. Tabores, regulares, el Tercio. Cae Cádiz, cae Sevilla. Caen Córdoba y Granada. Málaga se queda en una suerte de bolsa republicana. Y aflora lo que viene larvado desde tiempo atrás.

Se alza el telón. Pero en el escenario no se representa una obra teatral. Este es un asunto de carniceros.